

LA NOCHEBUENA DEL EXPOSITO

Estaba jugando en el patio, bajo la caricia de un sol de invierno, y capitaneaba, con el prestigio de sus siete años, revuelta pandilla de mocosos, cuando le llamó la Superiora.

—¡Jesús! ¡Cómo te has puesto! Pero, hombre, ¡que no ha de haber charco donde no te metas!... —empezó a decir la excelente mujer, en maternal regaño.

Luego se acordó de que se lo llevaban, ¡a él!, ¡a la alhaja que había logrado reservarse tanto tiempo para alegría de la Casa! Y le besó con lágrimas.

—Oye, Perico: te vas a marchar. (Aquí le tembló la voz un poco). Vas con un hombre muy bueno, muy bueno, que te quiere mucho, y te va a llevar a una casa muy hermosa, donde hay huertas y vacas y corderos... (Esto, en el tono ponderativo con que las madres prometen juguetes al niño enfermo para que tome las medicinas). Ya verás qué bien estarás allí: te darán leche... ¡a ti que te gusta tanto la leche!... y castañas, muchas castañas... ¡Cuidadito como te subas a los árboles!... Verás el mar, y un campo hermoso, lleno de flores y de pájaros: ¡no les quites nunca los nidos!...

Vestíale con apresuramiento cuidadoso el trajecillo abrigado y fuerte; sobre él la larga blusa de cuadros menudos, blancos y azules; los zapatos recios sobre la media gruesa, y cubrió su cabeza con la boina azul: parecía un aldeanito de caserío rico. En el recibimiento esperaba el adoptante, el tipo hermoso y tranquilizador del aldeano vasco. Daba vueltas, entre sus manos de gigante, a la boina, lleno de insuperable timidez, y sonreía con vaguedad, fuerte y bonachón como un Hércules adolescente.

—¿Tiene usted hijos?— le preguntó la Superiora.

Es la pregunta de rigor: se teme que, en su nuevo hogar, el hijo postizo tenga que disputar un sitio a los hijos verdaderos.

—No, señora, no.

No tenía hijos. Había tenido tres y los tres se los había llevado Dios.

Y contaba en deshilvanadas frases, no su pena (de eso no habla nunca el aldeano), sino la de su mujer, triste y sin consuelo en el caserío solitario, que ya no alegraban las risas de un niño.

—Ya sabe usted, pues, las mujeres cómo son y... —añadía a manera de explicación de aquella tristeza contagiosa, que le hacía temer el fin del trabajo, por miedo de volver a ver aquellos ojos enrojecidos en la cara pálida de Dolorosa.

La idea de prohijar a un expósito se les ocurrió a la vez y se hizo en ella una monomanía. Ella no esperaba aún al niño: ¡qué contenta se iba a poner!...

Mirando al chico tan grandecito y grave, con su traje nuevo y limpio y su tez fina de niño de ciudad,

le asaltaba un temor: A los siete años, ¿se acostumbraría a su nueva vida?

La Superiora apresuró la despedida para no llorar. Un diluvio de besos al chico, una docena de encargos maternos al aldeano... y allá se fueron cogidos de la mano.

La buena mujer se asomó por verle salir. ¡Eran tantos los que había visto partir sin que volvieran el rostro, con la indiferencia descuidada que hace del niño planta sin raíces, que el viento arranca sin esfuerzo!... Pero aquel era el mayorcito de aquellos hijos, que a su regazo traía el misterio y se llevaba el azar... ¿Sería como los otros, olvidadizo e indiferente? No había llorado, ni respondido a sus besos; pero ella adivinó su pena, en el impulso que le hizo apretar su carita contra los labios que le acariciaban.

Al doblar la esquina, el aldeano sintió en su mano callosa el tirón de la menuda manezuela; el chico se había vuelto y miraba al Asilo con ojos tristes de hombre precoz, y hubo en ellos un asomo de llanto, mientras, abriendo y cerrando la mano libre, repetía la infantil despedida que le habían enseñado allí dentro.

Y nada más; y en el tren (sentado con tiesura de maniquí en el asiento, con las piernecillas colgando) la carita seria, quietud absoluta, el estupor sin asombro de los niños, acostumbrados a ver cosas inexplicables, y un silencio hondo y pertinaz, al que no arrancaba el aldeano con sus preguntas: —¿Quieres más pan? ¿Pastel quieres? ¿Frío tienes?, más que: —No, no, secos, sin mover los labios.

Caía la noche.

Por la ventanilla, sobrado alta para él, veía desfilar postes del telégrafo, campanarios y tejados, en desafortada carrera; otras veces se hacía noche de repente, y el tren rugía sacudiéndose en convulsión de espanto.

Ya de noche, bajaron en una estación. Gente presurosa se aglomeraba en torno suyo, más apretada cada vez, agitándose sin avanzar apenas, con oscilación lenta. Le estrecharon tanto, que no podía ver ni moverse, encogido en el hueco de varias piernas enormes que le empujaban. Tuvo miedo, y tiró con fuerza de la mano que así la suya.

Vió ensancharse un hueco sobre su cabeza, y por él, asomaron la cabeza primero, y los robustos brazos luego, de su protector; sintióse levantado en el aire, y vióse, al fin, con inexplicable consuelo, sobre el hombro hercúleo, dominando las apiñadas cabezas que ya no le daban miedo... ¡Qué buena cosa tener padre!...

Subieron a un carruaje, en cuyo fondo oscuro se hacinaban sombras negras. ¡Qué gusto andar en coche! Allí sonaba alegre el cascabeleo cadencioso, marcando el ritmo de la marcha, y nunca estruendo, ni silbidos.

La luz de la luna, que en una revuelta le bañó de

pronto, le causó la grata sorpresa de rostro conocido. Era la misma carota bonachona que los miraba con tal dulzura cuando, en el verano, les dejaban jugar un poco después de cenar. La estuvo contemplando un buen rato. Era la misma, aunque más flaca... Luego no estaban tan lejos del Asilo como pensaba.

Pasaron por pueblos dormidos, que alineaban sus casas en el camino. La noche iba ejerciendo en Perice la acción deprimente con que sobrecoge a los niños y a los pájaros. Iba tan quietecito que el aldeano le creyó dormido; pero al inclinarse para abrigoarle mejor, le vió con los ojos fijos y abiertos.

El aldeano dió una voz, golpeando los vidrios, y se detuvo el coche. Y bajó: ¡qué miedo de quedarse sin él! Y pidió el paraguas... y un lío... y otro lío... ¿Le dejaría allí, entre aquellas sombras negras?

Al fin dijo:

—Ya harán ustedes el favor de darme el chico, ¿eh? Dormido o así debe de estar. Con cuidado, ¿eh?...

Unas manos le asieron suavemente, y pasó a otras, y a otras luego, que le depositaron en los brazos del aldeano.

Ya en el suelo, oyó restallar el látigo, y los caballos arrastraron el coche, entre crujidos y cascabeleo, por el camino blanco...

Cuando traspuso la loma, les cayó encima un silencio enorme. Tomaron por un sendero a la izquierda, y se hundieron en una oscuridad temerosa, que rompía apenas, en el cielo, ya sin nubes, el parpadear de las estrellas.

¡Qué triste aquel andar entre sombras, tropezando siempre, viendo, con los ojos muy abiertos por el espanto, gigantes que resultan árboles, y animalejos sin forma que se agarran a la blusa con garras de espinas...!

Y cuando al volver del sendero, en la cresta de una loma, salió de la negrura un ruido sordo y acompasado como la respiración de un gigante asmático, le faltó muy poco para echarse a llorar.

Iba así, dejándose remolcar, con el corazón hecho un ovillo, cuando a treinta pasos brilló una luz, y el aldeano dijo alegre:

—Mira, ¿ves? ¡Nuestra casa!

Luego llamó:

—¡Mari-Juana...!

Y al chico se le alegró el alma cuando, en el marco de la puerta, llena de claridad, se dibujó una forma femenina. Un niño reconoce en toda mujer un aliado.

Se abrazaron los aldeanos; él dijo ufano:

—Aquí tienes el chico.

Y ella le preguntó al oído.

—¿Cómo se llama?

Comprendía con femenil delicadeza que la madre de un niño no puede ignorar su nombre, y que era menester recibirle como a un ausente a quien se espera con afán.

Sería preciso poner en solfa el musical "*Pericoo!*..." de la aldeana al coger al niño en sus brazos. Aquella palabra cantada lo decía todo: "*¡Cuánto has tardado! ¡Qué guapo eres! ¡Cuánto te quiero!*"... esas ternezas que guarda el pecho de madre ausente, y pugnan por salir a la vez, entre besos apretados.

Ardió crujiendo en vivas llamaradas la leña seca en el hogar lamiendo con lenguas rojas, festoneadas de humo, la enorme campana.

¡Qué alegre, a su luz, la cocina del caserío!... A un lado el "azpiri" (artesa de madera en la que la aldeana amasaba los sabrosos "talos") se apoyaba ventruado en dos caballetes; al otro, el "escapolote" (armario encima y gallinero debajo), y en la "balda", aparador campesino reluciente de puro limpio, la loza basta, que la de ceremonia adorna, por inmemorial costumbre, la alcoba conyugal.

Del techo colgaban sartas de chorizos y "charriquis"; todos los sabrosos despojos de la matanza reciente.

La aldeana arrimó a la lumbre la mesa de dos palmos de alto y tan estrecha que la llenaba la fuente, y se sentaron en torno, en taburetes, comiendo lentamente, todos del mismo plato, acompañando con el pan la cuchara llena, para defender el suelo del chorrear de la salsa.

¡Qué festín!...

Primero la ensalada cocida abrigada por el aceite; luego bacalao frito espolvoreado con azúcar, besugo y pollo asado. Y después, a los postres, el "inchorsaltza" (pasta de nueces con filamentos de bacalao, azúcar y canela), arroz con leche, castañas asadas en el "tambolín", y manzanas "matrallagorris" colo-

ALMACEN DE MATERIALES DE CONSTRUCCION

Lapirain Hermanos

Viteri, núm. 17
Teléfono 61-84

RENTERIA

Almacén: Capitanenea, 28
Teléfono 62-64

radotas como mejillas campesinas, o finas y aromosas reinetas de aristocrática palidez.

El niño comió conteniéndose al principio, con franco apetito luego, animado por la charla de la aldeana. Al final de la comida, la reacción de la confianza tras el temor pasado, el grato calorcillo de la llama y algunos tragos de chacolí, devolvieron el lenguaje de la risa a sus ojos serios; pero todos los esfuerzos de la buena Mari-Juana no lograron hacerle salir de sus monosílabos. El matrimonio, afligido por tal silencio, cambiaba miradas de desconsuelo...

De pronto, a través del tabique de tabla, se oyó un mugido suave y prolongado, lleno de singular dulzura. ¡La fiera amenaza del toro salvaje, hecha suplicante por domesticidad secular! La carita de Perico se iluminó de súbito, y dijo con voz alegre:

—¡Beye!... (¡La vaca!).

—Sí, Perico, ¿ya quieres ver? ¿Leche quieres? —dijo la aldeana, entusiasmada ante el brusco despertar de la infantil alegría.

—¡Sí!—dijo gozoso el chico, con la voz y con el gesto, sacudiendo la cabeza y saltando de la silla.

Y allí, en el tibio establo, jugando con el ternerillo,

bajo la mirada grave y dulce de la vaca (prototipo de serena dulzura entre los bucólicos griegos) viendo regocijado brotar la leche de las henchidas ubres hasta rebosar espumosa en la escudilla, la mujer y el niño se unieron en mutuo amor. El chico, acariciando a la vaca, se atrevió a preguntar con ansia codiciosa:

—¿Para mí es?

—Sí, querido, para ti... Tú la llevarás al campo, ¿eh?, y la ordeñarás... Quesos "tamién" a "haser" yo te enseñaré...

Por primera vez el chico correspondió a las caricias de la aldeana con un beso sonoro; y cuando, desparpajado y resuelto, la preguntó:

—Tú, ¿cómo te llamas?

Mari-Juana, alegre como unas Pascuas, le contestó entre dos besos:

—Dime "¡amachu!" (¡madrecita mía!).

¡Qué Nochebuena para Perico!...

¡Qué bien durmió, perdido en la enorme cama de madera, entre las ásperas sábanas de lienzo casero, soñando que tenía madre, y que corría por los campos verdes, persiguiendo a las vacas que, al ser alcanzadas, lamían la mano de su pastor...!

J. A.

